

Elecciones, pero menos

(Diario de Navarra, 3. 06. 1999)

Ni tú, amable lector, ni yo somos demócratas de toda la vida, no vayamos a engañarnos. Tampoco los políticos profesionales que estos días se desgañitan en solicitar nuestro voto y apelan cada dos por tres a las grandes palabras. Ni ellos ni nosotros hemos nacido demócratas, es decir, sujetos políticos o ciudadanos conscientes de nuestros derechos y deberes, porque esta es una condición nada natural y sólo costosamente adquirida. Lo habitual es quedarse en súbdito, alguien desentendido -cuando no receloso- de la cosa pública como asunto más o menos ajeno, que se deja mandar y obedece a regañadientes. Igual que, del otro lado, lo corriente es ejercer de déspota benigno, más atento a conservar el poder para sí y los suyos que a resolver con racionalidad y justicia los problemas colectivos. Quiero decirte, en suma, que el primer defecto de nuestras democracias es el de no contar con suficientes demócratas.

Ahora mismo estamos en un momento oportuno para llegar a serlo: el de elegir nuestra representación política, que hoy se organiza a través de los partidos. Y bueno es saber que estos partidos, en especial los llamados de masas, no son tan sólo grupos de opinión que pretenden marcar las metas de la comunidad; son también empresas privadas que capitalizan los votos de la ciudadanía con vistas a obtener un beneficio en forma de cargos públicos. Mal que nos pese, los partidos son imprescindibles, porque prescindir de ellos sería dejar a la sociedad civil desarticulada, apática y a merced de cualquier caudillo carismático. Pero tantos son sus riesgos probados, que la más urgente necesidad democrática es la reforma profunda de los partidos.

A tal punto su maquinaria se somete al designio de sus jefes, que estos cauces democráticos se rigen ellos mismos por fórmulas autoritarias. Tan absorbidos están en la conquista o mantenimiento de los cargos públicos, que la ideología que en principio les distingue se adelgaza para adecuarse a los gustos de la mayoría de votantes. De suerte que, al promover nuestra representación, tienden a disuadirnos de toda otra participación; y sus prohombres dejan de ser nuestros mandatarios para erigirse en nuestros mandantes. Ellos, y no nosotros, son de hecho los verdaderos sujetos políticos. Bueno, pues en esta democracia,

que es más bien una partitocracia o gobierno de los partidos, la elección política sale muy malparada.

Para empezar, desde la confección de las propias candidaturas electorales. Estas no son por lo general el resultado de una consulta abierta a militantes y simpatizantes, sino el producto de la omnimoda voluntad del aparato local o estatal del partido. Y, para su propia conservación, todo aparato al servicio del líder antes prefiere a portavoces mediocres, pero sumisos, que al hombre dotado de ideas propias y capaz de hacerles sombra. Así se entiende que lo que antes debía saber un bachiller, verbigracia, la doctrina básica de Hobbes, eso ahora pueda ignorarlo quien actúa por nosotros en política... El caso es que, ante la lista atada y bien atada, el elector no tiene más opción que tomarla en bloque o dejarla. Ese elector a menudo querría mantener a este y aquel candidatos, pero tal vez modificar su orden de preferencia; y podría querer asimismo borrar ciertos nombres de los propuestos y sustituirlos por otros que figuran en las listas del partido rival y hasta introducir en la papeleta a personas a su juicio relegadas. Este sistema previo de elecciones primarias y luego de listas abiertas complicaría sin duda las cosas a los partidos, pero daría lugar a unas elecciones más auténticas.

Viene después la muy diversa capacidad financiera con la que los partidos concurren a los comicios. Es sorprendente (en el caso de la izquierda, más bien escandaloso) que los políticos de todo color pasen de puntillas por este problema central; tan central, como que aquella financiación predetermina en cierta medida los resultados electorales. Sencillamente porque el principio de la igualdad política de electores y elegibles queda alterado en cuanto se compite desde la desigualdad económica de sus partidos. Ni vale entonces eso de “un hombre, un voto”, ni todos los candidatos se sitúan en la misma raya de salida ni, en fin, el gobierno resultante será un gobierno libre como deba recompensar las aportaciones de los individuos y empresas que le auparon al triunfo. La financiación de los partidos políticos -que siempre están en la carrera electoral- no sólo debe ser transparente, como algunos se contentan. Si quiere guardar las formas democráticas, ha de ser sobre todo *pública, limitada* y, con la proporción debida a su tamaño y expectativas, *en lo posible igual*. De no cumplirse estos requisitos, la democracia pronto será un apéndice más del mercado.

En tales condiciones las campañas electorales sólo podían ser lo que son: la degradación de la política a puro *show*. Si la política como ejercicio ciudadano tuviera una presencia ordinaria, ¿a cuento de qué iban a montarse estos espectáculos extraordinarios?

En lugar de emprender cursos regulares de formación para sus afiliados sobre la teoría de la democracia, de organizar tertulias y debates entre los ciudadanos acerca de los problemas actuales de la justicia..., nuestros partidos mayores y hasta los menores se limitan a levantar este pobre circo una vez cada cuatro años. Pero ni siquiera ésta es la ocasión en que los cabezas de cartel, solos o entre sí, deliberan delante de la ciudadanía y con ella, sino en que cada cual predica sus simplezas ante los ya convencidos. Ya se sabe que el pueblo goza de madurez democrática y no hay que enseñarle nada, sino en todo caso divertirle. Toca sólo atenerse a los dogmas de la comunicación de masas: cuidado de la imagen, simplificación de los “mensajes”, llamada a las emociones más seguras y mucha demagogia. La secuela, claro está, es una democracia que bascula -escribe un autor- “entre masas políticamente iguales pero relativamente incompetentes, y élites políticamente desiguales pero relativamente más competentes”.

Transcurrida la jornada electoral (sin incidencias, resaltará el comentarista de turno), los ciudadanos se irán a su casa hasta la siguiente convocatoria y los elegidos a sus viejos o nuevos puestos. Esos miembros prominentes de ciertas corporaciones profesionales a los que nadie ha elegido, al menos no para estas funciones, seguirán ostentando un poder político nada despreciable. Y los parlamentarios, por su parte, quedarán vinculados por un mandato imperativo no a los electores (que eso está excluido por la Constitución), sino a la oligarquía de sus partidos; ¿o acaso van a deberse más a quienes les eligieron que a quienes les postularon para su elección? No, sino que su destino es convertirse en lo que ya Max Weber calificó de “borregos votantes perfectamente disciplinados” y así rebajar al Parlamento a su caricatura. Consumada su distancia respecto del ciudadano, a nadie deben rendir cuentas de su quehacer representativo; sus promesas electorales no se hicieron ante notario y sería insólito responder de ellas ante una asamblea anual de electores. ¿Cómo no ha de florecer la corrupción, la económica y más aún la política, en medio de tal lejanía y falta de control? A eso lo llaman algunos “normalidad” democrática. Otros, como Tocqueville, ya nos advirtieron de que se trataba más bien de un sutil “despotismo democrático”

Todo esto viene de antiguo, pero cada elección nos pilla sin que nada haya cambiado y la ceremonia se reproduce como si nada pasara. Tal vez se deba a que los partidos no son los mejores cirujanos de sí mismos. A nosotros nos corresponde, si nos interesa crecer en ciudadanía, obligarles al cambio.

